

## Intenciones y propósitos

### La misión que nos trae a la prensa

Los mejores programas se escriben, en realidad, con hechos y no con palabras; los primeros quedan, se graban en el espíritu de las gentes con la fuerza de las cosas concretas, mientras las segundas se borran por su propia inconcreta, cuando no las destruyen los mismos que las combinaron. Esto excusaría el que forzosamente debemos al público que nos ha de leer, si no se impusiera a nuestro criterio una razón poderosísima, que nos inhabilita para aducir tal disculpa en esta ocasión: el derecho que asiste al más modesto de los lectores para exigirnos, antes de establecer con nosotros esos vínculos de relación y amistad que hacen posible la existencia de un diario, las intenciones y propósitos que a la prensa nos traen. Adelantémonos, sin embargo, a declarar que nuestro programa de palabras será muy inferior, desde luego, en elocuencia, al programa de hechos que nos proponemos realizar. La parquedad de hoy, en las primeras, ha de trocarse mañana en largueza de realidades, que son, después de todo, las únicas que ponen al descubierto la buena fe de los sentimientos que animan al hombre en su trato con la sociedad en que vive, y las únicas también que le hacen acreedor, si no las desmienten o desnaturalizan sucesos posteriores, al aprecio y al prestigio que desea conquistar como supremo galardón de su vida pública y privada. Luchar sin descanso por adueñarnos de ese aprecio y ese prestigio es el intento que nos mueve, y en la lucha a sostener hemos de gastar sin regateo las reservas todas de nuestras energías y lo más cálido y espontáneo de nuestros entusiasmos. Para ello hemos de ser leales con nosotros mismos a fin de que nuestra lealtad con los demás no sufra en ningún momento, el menor género de duda. El periodismo moderno, factor reconocido y consagrado de civilización y cultura, se impone a fuerza de sinceridad, de honestidad y de actividades, base de toda institución o cuerpo que aspira, con la confianza del pueblo, a ocupar el puesto avanzado que le corresponde en el concierto armónico de la evolución universal, y con sinceridad constante, con honestidad irreducible, y con actividad siempre renovada—únicos títulos que podemos ofrecer a falta de otros más sonoros y brillantes, pero no tan sólidos—es que venimos a iniciar, libres de toda traba moral o material, la misión periodística que voluntariamente nos hemos impuesto, y que entraña por esto mismo una responsabilidad y un deber cuyo alcance no desconocemos y mucho menos esquivamos.

¿Tendencia que nos proponemos sostener? ¿División de una tarea o más temerario hemos de preferir? ¿Orientación pública o filosófica, que ha de merecer nuestros simpatías y complacencias? ¿Dejaremos de ser honrados, y como hombres a todas las inquietudes humanas sujetas, si no tuviéramos nuestras inclinaciones y debilidades por esta o aquella doctrina filosófica, por esta o aquella credo político, por esta o aquella tendencia social o científica. Las tenemos, sí, y muy profundas, como todo lo que es fruto de observación, de experiencia y de estudio, pero no limitadas, reducidas a fórmulas y sistemas, ni encerradas en los estrechos límites del exclusivismo, sino claras, amplias, abiertas a todos los vientos de la idea, del afán y de la renovación, y por decididas en sus más reconducibles raíces por la generosa savia de la comprensión y de la tolerancia. Muchas simpatías y muchas debilidades en cuanto a número, si se quiere, pero una sola en esencia: la que nace del buen sentido, del amor al suelo en que se nació, del trabajo que dignifica y fecunda, de la razón serena, de la justicia imparcial, del respeto por todas las inclinaciones, por todos los dolores, y de la que está en la madura de todos los pensamientos, de todos los anhelos sanos, levantados y patrióticos de los seres que con nosotros comparten las necesidades de la existencia actual. Y a esta doctrina, rebeldía, por naturaleza, a cualquier etiqueta de escuela, o de dogma, se ajusta con precisión matemática el concepto que del periodismo siempre nos hemos forjado. Para nosotros este es una entidad sin clasificación también: es una e inconfundible, como una sola, según expresión repetida, es la idea de libertad, y una la de progreso, y una sola la de moral. Son dos fuerzas que se confunden en su origen y que se unen en los altos designios que persiguen. A señalar rumbos a las multitudes, a las sociedades y a los pueblos, sin otro afán, cuando otros más reducidos no la agitan, que el muy loable de empujarlas a un mejor y más feliz destino, siendo constantemente la propaganda periodística, que más eficaz resulta cuanto mayor es su cultura, su desinterés y su independencia. Y es con estos elementos, y con sujeción estricta a los principios más severos de equidad, al margen siempre de las pasiones, de los prejuicios y de las conveniencias personales, que nos disponemos a intervenir, usando de las prerrogativas concedidas a todo hombre libre y todo ciudadano en pleno y legítimo ejercicio de sus derechos y deberes, en toda lucha que, por el triunfo de los valores que constituyen el ideal de todo país democrático, ambicioso del mayor bien espiritual y material, se promueva en el campo de la política o en el de la ciencia, en el de las instituciones públicas como en el de las democracias populares, en el muy vasto y complejo de los grandes problemas de la producción y de la economía, como en el pararnos nosotros primordial y fundamentalmente indispensable de estudio y modificaciones, de la educación, de la cultura, de la preparación del hombre del porvenir, cuya existencia depende y a la vez influye poderosamente en el futuro de la nacionalidad y de la raza. No tenemos, ni soportamos, en ese sentido, tutela alguna filosófica, partidaria, social, ni política, local ni extraña, que queramos ser, y lo seremos, dueños perfectos de nuestros juicios y de nuestra voluntad, sin que en ningún caso se interpongan en las opiniones que formulamos consideraciones de orden ideológico o mercantilista, y mucho menos de carácter individual o tendencioso. De todos y de nadie, en resumidas cuentas, porque a todos, poderosos y humildes, hartos y necesitados, portadores de la verdad o desviados perseguidores de ella, abriremos lealmente las puertas de nuestro espíritu, para acompañarlos con nuestro concurso, si necesario fuere, en la imposición de toda causa unida al calor de sentimientos altruistas, o para intentar convencernos de su error si se empeñaran en avanzar por rutas, a nuestro juicio, equivocadas o de difícil acceso. Nada de lo que nos rodee nos será, por consecuencia, indiferente, que hasta las más leves incidencias de la

vida suben a convertirse en propulsores de adelanto o retroceso de los pueblos, y es necesario contemplarlas con interés para afirmarlas si conducen al bien, o combatirlas con tenacidad para evitar que contribuyan al mal. Del estímulo oportuno o de la censura sincera, limpia de acritud, depende muchas veces el fracaso de un esfuerzo o de una tentativa, y de la predica serena del periodista, sostenida con perseverancia, y resistente, por eso mismo, a todas las temperaturas del medio ambiente, el triunfo de ideales que, por sencillos y humanos, parecen irrealizables, cuando no absurdos. Todo lo que conmueva momentáneamente o profundamente el espíritu del pueblo, venga de donde viniere, y luzca el rótulo o marca de fábrica que luzca—que esto tiene para nuestros fines la misma importancia que para el médico el nombre que el paciente da a su dolencia—merecerá nuestra atención, sin que el aplauso justificado que nos arraque, o la observación severa que nos merezca, signifiquen—aún reproduciéndose varias veces—que uno y otra puedan estar al servicio de determinadas doctrinas, partidos o individuos. En política, especialmente, nos mantendremos dentro de una neutralidad que nos permita ocupar, sin que ninguna agrupación ni bandera nos tenga sistemáticamente de su parte, de cuantas cuestiones surjan con motivo de la tradicional disputa, siempre nueva a pesar de su vejez, que sostienen los partidos existentes por la afirmación de sus ideales, el predominio de sus prestigios y la conservación de sus posiciones respectivas. Sabemos por experiencia que no hay situación más difícil que la que escogemos para mantenerse incontaminados y siempre equidistantes entre dos corrientes de suyo arrolladoras y que no admiten términos medios en la exteriorización de afectos y de inclinaciones; pero esa misma dificultad es el atractivo que para los que pretendemos la libertad absoluta de pensamiento y de acción esconde la actitud que lógicamente puede y debe adoptar todo hombre u organismo que se inspire, en el comercio con la vida y con sus semejantes, en la neutralidad más absoluta, en la imparcialidad más ponderada. Esta actitud aleja, desde luego, la sospecha que la renuncia a toda convivencia con doctrinas, dogmas y fórmulas partidarias o políticas, pudiera suscitar sobre la simpatía o antipatía que los partidos tradicionales nos merezcan. El no estar con ninguno de ellos decididamente, no quiere decir que los rechazemos por contrarios a nuestros ideales. No. Aliados y en conjunto, constituyen una de las fuerzas más acentuadas de la existencia nacional, con influencia permanente y rotunda en la solución de todos los problemas que afectan al presente y porvenir de la nacionalidad y de sus instituciones. Con orígenes y direcciones siempre distintos, que nada, desgraciadamente, hay perfecto, en esta mal organizada del mundo, los partidos existen, viven, luchan, y fortalecen, y si se debilitan a veces es para rehacerse al menor asomo de peligro para la eficacia de su intervención en la gestión política, y regular la cotidiana, atención de todos los que se dediquen a seguir, como los antiguos augures, el vuelo de las aves o el giro de las estrellas para deducir de su marcha o de su situación los sucesos funestos o gratos a producirse, sus estremecimientos y gestiones como síntomas palpables de la buena o dudosa suerte reservada a la justicia, al progreso, y, sobre todo, a la paz de la República, sin la cual es imposible el regular y eficaz funcionamiento de todos los organismos que integran su espíritu y su músculo. Mediadores bien dispuestos, aunque humildes, siempre, entre unos y otros, amigos condicionales o enemigos declarados, hemos de tenernos nuestras informaciones y nuestros comentarios sobre una base inalterable de verdad—suprema condición del periodismo moderno—sin exclusiones premeditadas para nadie, ni para nada, y con ausencia constante de todo personalismo, que nada añade, y, en cambio, mucho perjuicio, a la clara dimensión de cualquier tópico o de cualquier incidencia. Las consagraciones nominales, tanto para el bien como para el mal, quedan, de hecho, eliminadas de las páginas de IMPARCIAL, que en esto, como en todo, se ceñirá a la línea de sobriedad y moderación que simboliza su título, de por sí sugestivo y expresivo, y velador eterno de nuestra conducta. En cuanto a la índole informativa del diario—información local, telegráfica, mundial, etc.—juzgamos que para acreditar y difundir una hoja periódica o diaria, es indispensable que antea a todo el mundo, hoy, y mañana, y siempre, y que este propósito solo se consiga haciendo que su lectura, variada y múltiple como la vida de toda población civilizada, satisfaga los anhelos de legítima curiosidad del público, ofreciéndole no únicamente un servicio nutrido y completo de noticias, de aquí y de todas partes, sino también los más diversos y autorizados elementos de análisis y de juicio. Solo así, reflejando en sus páginas, todo cuanto la actividad nacional y extranjera pueda tener de destacado y digno de estudio, es que un órgano como IMPARCIAL podrá cumplir su cometido de diario moderno, ágil, inquieto, vibrante, sensible a todas las ansias, exaltaciones y abatimientos, azuzado siempre por el insaciable deseo de transmitir a sus lectores cuanto de nuevo, cuanto de bueno, cuanto de sensacional o simplemente curioso se produzca dentro de los límites del suelo nativo y fuera, muy lejos, de las fronteras que definen nuestra expansión territorial, pero no nuestra sed de saber, de conocer y de abarcar todo lo que a la salud del espíritu y del cerebro convenga. Las secciones del diario serán, con ese objeto, cuidadosamente atendidas y cuidadosamente mejoradas, quedando esta tarea, difícil pero grata cuando, como en este caso, se intenta con el convencimiento pleno del triunfo, a cargo de un grupo de elementos jóvenes, ilustrados, honestos, ya consagrados en la prensa, preparados y dispuestos para la lucha que iniciamos, y pertenecientes, todas las agrupaciones que dividan en pequeñas familias la gran familia uruguaya, a fin de que, dentro de la división del trabajo, concurren a la obra de completa imparcialidad, equilibrio y cultura que ambicionamos. Y así plasmará en hechos nuestro programa de ideas y de acción y así, posiblemente, daremos consistencia a la profecía de aquel gran vidente que fue Julio Verne, cuando presagió para el periódico que aprendiera a dar a la noticia diaria el calor y la viveza apropiada, amén naturalmente, de su seriedad y consecuencia—una mayor importancia y valor, por exactitud y energía, de la que hoy puedan darle la novela descriptiva o el libro de más severa historia.